

BL 240

M64

V.2

1883-85

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

Queda hecho el depósito que ordena la ley.



Deposito en la Biblioteca Nacional de Chile



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de Francisco Bertran, Pasaje de la Merced, 10.

ESPLENDORES DE LA FE.

LIBRO SEGUNDO.

LA CIENCIA Y LA FE.

(PRIMERA PARTE.)

CAPÍTULO I.

SITUACIONES RESPECTIVAS Y RELACIONES MUTUAS DE LA
CIENCIA Y DE LA REVELACION.

S. Pablo dice en su segunda epístola á Timoteo, c. III, v. 16: «Toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, convencer, corregir y formar en la virtud, á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y dispuesto para toda obra buena.»

El Concilio de Trento ha formulado el decreto siguiente: «Si alguien no recibe por sagrados y canónicos estos libros (del Antiguo y Nuevo Testamento, pues Dios es el autor de uno y otro), tales como suelen leerse en la Iglesia católica, y se encuentran en la antigua edición *Vulgata*... sea anatematizado.» (1)

Se debe tener por cierto: 1.º que Dios ha *revelado* inmediatamente á los autores sagrados, no solamente las profecías que han hecho, si que también todas las verdades que ellos no podían conocer por sus solas fuerzas natura-

(1) Véase los decretos del Concilio Vaticano referentes á lo mismo.

008108

les, ó por los medios humanos; 2.º que por una *inspiración* particular de su gracia les ha movido Dios á escribir, y les ha dirigido en la eleccion de los asuntos que habian de poner en escrito; 3.º que por una *asistencia* especial de su Espíritu Santo los ha asistido y preservado de todo error, sea en los hechos esenciales, sea en el dogma, sea en la moral.

Cifñéndonos de un modo especial á la ciencia podemos afirmar sin vacilacion alguna, que la inspiracion dada á los escritores sagrados no tuvo por objeto directo constituirlos en estado de sabios, ni hacer brotar de su pluma el conocimiento dogmático de los fenómenos del universo y de sus causas. Podremos así convenir en que ellos enuncian simplemente los hechos y las leyes de la naturaleza, como lo haria un escritor que refiere sus observaciones y expresa sus pensamientos con la sola intencion de darse á comprender á quienes habla, y que la asistencia especial que han recibido está limitada á preservarles del error. Se podria aun admitir con S. Gerónimo «que muchos de los hechos son relatados en la Sagrada Escritura segun la opinion recibida en la época en que fueron cumplidos, y no segun la verdad intrínseca de las cosas;» con S. Tomás «que ciertos pasajes de la Biblia solamente son la expresion de una opinion vulgar, que no hay que extremar demasiado;» con Keplero «que la Sagrada Escritura se sirve de locuciones usuales y de términos empleados por el vulgo de los hombres;» con los escritores considerados como ortodoxos «que ella se acomoda á las ideas del tiempo, á las de los autores y de la muchedumbre, conformándose en la expresion á la manera de representar los fenómenos de la naturaleza.» Pero yo voy más lejos con Ampere y de Serres; es mi profunda conviccion como la suya que la ciencia de las Santas Escrituras supone casi siempre ó *una revelacion verida de lo alto, ó á lo menos esa mirada del genio que advicina los misterios de la naturaleza, penetra las tinieblas de que están rodeados, y constituye la verdadera inspiracion que comunica á los hombres un rayo de la luz eterna.*

En efecto, los libros sagrados, en una multitud de pasajes, anuncian los hechos ó hacen alusion á las teorías de muchas ciencias, cosmogonia, etnologia, astronomia, fisica y quimica, meteorologia, historia natural, historia y geografia fisica, en términos verdaderamente extraordinarios; y yo demostraré aduciendoos que todas estas profundas páginas de los libros santos son tan esplendorosas en verdad y majestad, están tan en armonía con los oráculos de la ciencia más adelantada, que no se puede menos que mirarlos como divinamente inspirados.

En sí mismas, las humanas ciencias que son exclusivamente el estudio de los hechos y de las leyes de la naturaleza, tienen su dominio aparte, distinto del dominio de la fe. Ellas pueden y deben marchar en línea recta, sin ulterior pensamiento, sin inquietarse directamente por las relaciones que sus resultados pueden tener con la fe, mas ellas le están subordinadas como á Dios; es un deber riguroso para las mismas tener cuenta de esto, desconfiando de sus conclusiones, cuando tienden á la negacion de un hecho ó de una verdad afirmada en la Santa Escritura, y rechazándolas cuando la autoridad suprema ó infalible de la Iglesia las declara inadmisibles.

La Iglesia no puede por lo tanto permanecer extraña á los progresos de las ciencias humanas. Ella cree en la inspiracion y verdad de los libros santos, y estos libros, sobre un gran número de puntos á veces fundamentales, están en contacto con los datos de las ciencias naturales ó de la historia. Si sobreviene una contradiccion ó un ataque, si los sabios se obstinan en proclamar como verdad lo que es para la revelacion un error, derecho y deber la Iglesia tiene de intervenir, de proscribir esas conclusiones temerarias, como contrarias al sentido que la tradicion y su autoridad han dado siempre al texto controvertido de la Sagrada Escritura. Pero este juicio de la Iglesia está sometido á una condicion esencial; la cuestion en litigio no deberá ser una cuestion de pura ciencia, por ejemplo, la

rotacion de la tierra al rededor del sol, la existencia de los antipodas, etc., puesto que está universalmente admitido que la inspiracion divina no tiene por objeto elevar una cuestion de pura ciencia á la altura del sagrado dogma.

Mas hay hechos que la ciencia intentaria colocar entre las cuestiones de pura ciencia, y que son al mismo tiempo verdades de fe, por ejemplo, la unidad de las razas humanas, el hecho de que todos los hombres de la tierra actual, la tierra del Génesis, son descendientes de Adan, la aparicion relativamente reciente del hombre sobre la tierra, en el sentido de que los antepasados del hombre actual no pueden ser anteriores y extraños á Adan; y á la Iglesia toca dar en definitiva á cada hecho su calificacion de hecho de pura ciencia ó de hecho revelado.

La situacion de espíritu en que yo quisiera se encuentra cada uno de mis lectores fué muy claramente definida por un escritor inglés, cuyo nombre ha quedado oculto bajo el velo del anónimo.

«Aquel que está convencido de que el Dios de toda verdad es al mismo tiempo el Dios de la naturaleza y de la revelacion, ¿puede creer un instante que estas dos voces estarán en contradiccion una con otra, ó que aquel se goce en poner en abierta oposicion al creyente y al sabio, la fe y la razon? Negar los hechos que se verifican en el dominio de la naturaleza, porque parecen estar en contradiccion con la revelacion, ó desnaturalizarlos y hacerles violencia para obligarlos á ponerse bajo la luz con que los ilumina la Biblia, ¿no sería un disfraz de esa deslealtad interesada y de corto alcance, que miente en interés de Dios, y quiere con toda suerte de engaños y subterfugios que el error llegue á ser la verdad? El verdadero cristiano camina en medio de las obras de la naturaleza con miras incomparablemente más rectas é iluminadas. Las palabras que leemos sobre las rocas antiguas de nuestro globo son las palabras de Dios, y ellas han sido grabadas por sus manos. Ellas no pueden estar en contradiccion con las palabras escritas bajo su inspiracion en los libros del Antiguo

y Nuevo Testamento. El hombre podrá encontrar que es difícil conciliar estas dos voces; ¿mas qué importa? ¿No sabe que su inteligencia es limitada, y que día vendrá en que todas las contradicciones que le inquietan serán desvanecidas? Que se tranquilice, pues, que se recogije plenamente en la luz ya recibida, sin inquietarse por lo que aún ocultan los velos de una ciencia siempre infantil. Un hombre, cuya piedad y benevolencia han brillado largo tiempo á la faz del mundo, cuya rectitud y sinceridad no pudo jamás poner en duda una crítica burlona, el Dr. Chalmers, decía, hace treinta y cinco años, en el seno de la primera sesion de la Asociacion británica para el progreso de las ciencias, tomando por testigos los ilustres sabios que le escuchaban: «Es mi profunda conviccion que el cristianismo puede esperar todo y no temer nada del progreso de las ciencias físicas.» (*Quarterly Review*, julio 1860).

Esta misma disposicion de espíritu encuentro en una declaracion, que firmaron doscientos diez amigos de la ciencia y de la fe en 1864, con motivo de las objeciones suscitadas en nombre de la ciencia por el Dr. Colenso, obispo de Natal, y de las persecuciones de que fueron objeto en el tribunal de la Reina. «Nosotros concebimos que es imposible á la palabra de Dios, tal cual está escrita en los libros santos, y á la palabra de Dios, tal cual está escrita en el libro de la naturaleza, contradecirse una á otra, por más diferentes que aparezcan. No olvidamos que las ciencias físicas son incompletas, que actualmente nuestra razon limitada no nos permite ver sino á través de un vidrio oscurecido, y creemos firmemente que vendrá un día, en que las dos enseñanzas estarán de acuerdo en todos sus detalles. No podemos menos que deplorar que las ciencias naturales se hagan sospechas para muchos hombres piadosos que no han hecho de ellas un estudio sério, á causa de la inconsiderada mania que lleva á algunos sabios á ponerse en contradiccion con la Escritura Santa. Para todo sabio es un deber estu-

diar la naturaleza con el solo fin de descubrir la verdad, de trabajar por la ciencia, mas si éi descubre que algunos de sus resultados parecen estar en oposicion con la palabra divina, ó bien con las *interpretaciones* que se han dado de la misma, y que pueden muy bien ser rectificadas, debe guardarse de afirmar presuntuosamente que sus conclusiones son las solas exactas, y que es falsa la enseñanza de la Escritura. Más bien ha de colocarlas una al lado de otra, sin juzgarlas aún, esperando la hora en que plazca á Dios ponernos en la vía de descubrir la manera como se puedan y deban conciliar, y lejos de inquietarse por las diferencias aparentes entre la ciencia y las divinas Escrituras, todo espíritu sensato debe pararse en los puntos en que las dos están de acuerdo.» (*Ateno inglés*, setiembre 1864.)

Nosotros, más felices que los sabios ingleses, en el caso doloroso de un desacuerdo entre la significacion recibida del texto de los libros santos y la significacion afirmada por la ciencia, tenemos para concluir con nuestras incertidumbres, la autoridad infalible de la Iglesia. La fé así nada tiene que temer de la ciencia verdadera, de la ciencia adulta, de la ciencia llegada al estado de certeza absoluta. Al contrario, le dice sin ninguna vacilacion: *Tú eres mi muy querida hermana, crece y crece sin cesar*. La ciencia verdadera es la perfeccion del espíritu, como la virtud es la perfeccion del corazon. Pero, porque la ciencia no deja de ser humana, como todas las cosas humanas, tiene tambien sus quebrantos y debilidades. Así como es el árbol del bien, asimismo es el árbol del mal; es el loco amor de la ciencia el que ha perdido al género humano; sus peligros son numerosos y considerables, y nos hacemos un deber enumerarlos.

1.º *La ciencia es naturalmente demasiado vana y orgullosa*. Ella hincha, engríe, y la primera condicion indispensable de la fé es la simplicidad, la humildad. Ya en su tiempo S. Pablo hacia constar que entre los primeros cristianos se contaban muy pocos sabios y filósofos. So-

bre todo la ciencia que hace vano y soberbio, que arrastra á rebelarse contra la fé y á rechazarla, es la ciencia naciente, la semi-ciencia. Yo la compararia de buena gana al aprendiz parisien, que ataca éi insulta todo lo que no es éi, pero que hecho adulto entra por fin en la escuela del respeto. El verdadero sabio sabe ante todo que no sabe nada, ó que lo que sabe es muy poca cosa; es humilde y puede permanecer cristiano. La fé cristiana y católica cuenta y ha contado siempre en su seno un gran número de sabios ilustres.

2.º *La ciencia es exclusivista*.—Nosotros vivimos en una verdadera aberracion, consecuencia de un grosero materialismo. Se obstinan muchos en no considerar como ciencias sino las de observacion, esto es, las ciencias de los hechos de la naturaleza y de la vida. Evidentemente hay en el mundo otros séres fuera de los séres físicos y simplemente vivientes; luego la ciencia, que es esencialmente el conocimiento de los séres y de sus relaciones, no está limitada al dominio de las ciencias naturales. La ciencia es exclusivista tambien, y este es uno de sus mayores peligros, por el abuso de sus procedimientos de demostracion. Ella no quiere creer sino lo que puede entrar en sus cálculos y fórmulas, lo que puede tocar y cortar su escalpelo, lo que puede ver con sus ojos armados con los maravillosos instrumentos que ha creado. La ciencia, en fin, es exclusivista, porque acaba algunas veces por absorber enteramente á aquel que se entrega á ella con demasiado ardor. Todos nosotros no podemos disponer aquí en la tierra más que de una cantidad muy limitada de fuerza viva; si la agotamos en un órden de ideas ó de estudios, ya no nos queda más para otra cosa. Frecuentemente se ha visto á grandes geómetras perder hasta el sentimiento de la familia; la esposa, los hijos no eran nada para ellos, cómo no debian permanecer extraños á todo pensamiento de fé? La ciencia para estos espíritus abstraídos se convierte en el medio indispensable de su existencia, como el agua lo es al pez,

el aire al ave: querer traerles al terreno de lo sobrenatural y de la fé es provocar una reaccion violenta.

3.° *La ciencia es quisquillosa y porfiada.* Jamás la fé soñaria en levantarse contra la ciencia, si esta no se declarase incesantemente adversaria suya, ó tambien enemiga encarnizada é implacable. Es la semi-ciencia que vá diciendo por todas partes que es opuesta á la fé, incompatible con ella hasta el punto de hacerla más y más imposible. Sus afirmaciones ó mejor sus pretensiones son falsas, absolutamente falsas, como lo probaremos hasta la evidencia. Sin embargo, ella insiste tanto, que nos obliga á abrir los ojos. ¿No es muy natural que nosotros desconfiemos de vuestra ciencia insurreccionada y por lo mismo hostil, ya que á propósito haceis de ella un espantajo contra nuestra fé? Si no fueseis tan provocadores, ¿cómo la Iglesia se temeria de vuestros progresos? Ella es la que, despues de haber vencido la barbarie, ha hecho revivir la literatura y la filosofía en medio de las modernas sociedades? Los primeros institutores del nuevo mundo han sido religiosos y sacerdotes. Si la preocupacion pagana no hubiere detenido bruscamente su trabajo de regeneracion y reconstitucion, ella habria hecho la Europa cristiana y sabia á la vez. Tomad el ramo de ciencias que querais, que entre los grandes maestros de cada una de ellas os mostraremos á fervorosos cristianos, mientras que nosotros os desafiamos á que citeis antes del siglo xvi un solo sabio, que no estuviese unido á la Iglesia por lazos muy estrechos.

¡Ah! si no se hubiese despojado á la Iglesia de todos sus bienes... Si la subvencion del Estado, que apenas basta para impedir que se muera de hambre, diera al clero un cierto bienestar, si no se le formase de entre las clases pobre ó mediana de la sociedad, si por otra parte no fuese absorbido por las obligaciones de su santo ministerio, si se le otorgase la libertad de la enseñanza superior, si se le permitiese abrir Universidades libres en que pudieran iniciar en todas las conquistas de la ciencia, sin beber el

mortal veneno de las doctrinas degradantes del materialismo, si, en una palabra, confiscando la enseñanza y dejándola hacerse irreligiosa no se prosiguere de hecho el resultado intentado por Juliano el Apóstata, cuando prohibia á los cristianos la entrada en las escuelas del imperio romano; entonces veriais con qué ardor y éxito la Iglesia católica trataria de llevar la delantera del progreso en todos los ramos de los conocimientos humanos.

Ya en 1864, en un folleto intitulado: *Principios fundamentales según los que deben resolverse actualmente las dos grandes cuestiones: 1.° de las relaciones de la Iglesia y del Estado; 2.° de la libertad y de la organizacion de la enseñanza*, decia: «Es menester que el gobierno autorice y aun que fomente en varios puntos de Francia la creacion de Universidades libres, que tengan su organizacion propia, sus recursos, sus derechos, sus grados, etc. Entonces la concurrencia será más formal y la emulacion más fecunda, los buenos estudios serán eficazmente alentados, los hombres profundamente instruidos, los profesores verdaderamente hábiles verán abrirse ante sus ojos un nuevo porvenir, podrán crearse fuera del Estado una posicion asegurada; lo cual será al mismo tiempo para el gobierno una fuente de economías importantes, ya que las Universidades libres no pedirán nada al Erario. La Universidad católica de Lovaina no cuesta un céntimo al gobierno belga, y no obstante ha producido ya un bien considerable; ha puesto en evidencia grandes talentos, que sin ella hubieran quedado arrinconados, ha agrupado á su alrededor como un senado de profesores justamente renombrados, ha formado brillantes alumnos, teniéndose en grande honor sus grados y dignidades académicas, etcétera, etc. ¿Por qué no ha de ser permitido á los católicos de Francia seguir tan noble ejemplo? ó más bien, ¿con qué título el gobierno se opondrá á la creacion de semejantes universidades? La enseñanza, como la industria, como el comercio, tiene un derecho sagrado; nosotros no comprendemos que no se pueda formar para la creacion de

una universidad libre, una sociedad en comandita ó anónima, como todos los días se forma para la explotación de una industria material. En Alemania, el sistema de universidades independientes está plenamente realizado, y es un hecho brillante que los estudios científicos son, en esta tierra de la libertad de enseñanza, más profundos que entre nosotros.»

Veinte y cuatro años se han pasado, y la enseñanza superior aun es dada exclusivamente por el Estado; y porque el Estado se ve moralmente obligado á dejar á los profesores, aunque nombrados y retribuidos por él, la libertad de sus doctrinas, porque la ciencia ha hecho un fatal divorcio con la fé, porque los actuales maestros son en parte libre-pensadores, hasta frecuentemente incrédulos ó indiferentes, el Estado está condenado á hacer pesar sobre sus súbditos católicos la tiranía de una enseñanza materialista ó impía. Triste es decirlo, pero, en un país cristiano en su gran mayoría, el odio de la religion y del clero es tal, que los amigos de la ciencia estarían dispuestos á no recibirla, si había de ser enseñada por los ministros de la religion. Y sin embargo, la enseñanza cristiana es la más eficaz y la más rebuscada por todos. En otro tiempo, bajo la dirección de los jesuitas y de los sacerdotes, los colegios de las más pequeñas ciudades de Francia, de Vannes, Quimper, Dole, Clermont, Billon, Pay, contaban siete, ocho, novecientos alumnos. Estos alumnos, ricos de vasta instrucción, de una educación profunda y conservadora, no tomaban disgusto de la pequeña ciudad ó del hogar que les había visto nacer; encontraban la felicidad en los goces sencillos de sus modestas familias, no se espantaban de las privaciones y austeridades de la vida de los campos. Hoy día, estos mismos colegios, convertidos para los pueblos en una carga enorme, reúnen de setenta á ciento alumnos, cuya instrucción, lo diré claramente, es inferior por mitad á la de sus antepasados, y cuya educación no solamente es nula, si que también mala; los cuales, avergonzados de la vida del

campo y disgustados de la vida de provincia, se precipitan, arrastrados por una ambición ficticia ó por motivos menos nobles aún, hácia los grandes centros de población, aspirando sobre todo á vivir, ó mejor á vegetar á costa del Estado.

Todavía no hace diez años que la libertad de enseñanza secundaria ha sido concedida, y ya más de la mitad de los alumnos han venido á matricularse en los establecimientos fundados por los Obispos ó por las congregaciones religiosas. Actualmente (1), la institución que suministra más alumnos á las carreras del Estado, á la escuela Politécnica, militar, naval, de ingenieros de montes, central de artes y manufacturas, etc., etc., es la institución de Santa Genoveva dirigida por los Padres de la Compañía de Jesús. Concedednos, pues, la libertad de enseñanza superior, autorizadnos para fundar universidades libres, y veréis si la Iglesia es enemiga de las luces.

Afirmarlo sería una odiosa calumnia. Séame permitido para probarlo, resumir brevemente la pastoral en que su eminencia el cardenal de Bonald, arzobispo de Lion, publicaba el último año su proyecto de fundar un establecimiento de estudios superiores para el clero. Recordaba primero el deseo expuesto en estos términos por el concilio provincial de Lion: «Los obispos de esta provincia quieren que lo más pronto que sea posible, por la comun solicitud y union de todas sus fuerzas, sea erigida en esta metrópoli una escuela, á la que se enviarán los jóvenes escogidos de cada diócesis, que, habiendo ya terminado honrosamente el curso ordinario de los estudios, y habiéndoseles juzgado aptos para el cargo de la enseñanza, puedan dedicarse completamente al estudio especial de las letras humanas, á fin de que un día se distinguan en toda clase de ciencias, y no sean inferiores á ninguno de los profesores que puedan venir de otra parte.» (*Decretum XXV de scholis.*)

Extra luego en materia el venerable prelado:

(1) El autor escribía antes de la reciente expulsión de los institutos religiosos.

«Al lado de los apóstoles que se sacrifican, la Iglesia ha tenido siempre sus doctores que enseñan, escriben, disertan, demuestran la vanidad de los ataques pretensores de la falsa ciencia, ó la locura de las blasfemias de la impiedad. Ahora, este ministerio supone largos estudios, profundos trabajos, conocimientos variados, y reclama desde luego hombres especiales. Hoy día más que nunca, quizá la sociedad cristiana parece estar en derecho de pedir á la Iglesia que le dé estos hombres especiales. En efecto, la ciencia aspira á ser la reina del mundo; no hay ramo de los conocimientos humanos á que no dirija su ojo perscrutador. Incalculables son los servicios que ella puede prestar un día á la causa de la verdad, si es modesta y prudente; así como es imposible decir á qué funestos extravíos nos arrastrará, si se deja llevar del soplo del orgullo. ¡Cuán necesario es, por lo tanto, que la Iglesia ocupe su lugar en este gran movimiento para alentar y dirigir á los espíritus dóciles á la par que oponer una barrera insuperable á los embates del error.

«Ha llegado el momento de poner manos á la obra. De todas partes se elevan voces amigas que nos llaman y solicitan, y nosotros cedemos á estas invitaciones tan conformes á las necesidades de la Iglesia y á los deseos del clero... Lo diremos muy alto: nuestro deseo más grato y profundo es que, en nuestra tan hermosa Francia, muchas fundaciones parecidas á la que proyectamos den á nuestras familias profesores de entre el clero que estén á la altura de las exigencias de nuestro siglo, de tal suerte que poseamos varios centros de acción, en donde los Obispos puedan encontrar abundantemente lo que reclama la porción más estudiosa del clero.»

No, la fé no es enemiga de la ciencia, pero lo que es verdad, demasiada verdad, es que aquellos que hoy día se atribuyen el monopolio de la ciencia, los jefes de la escuela positivista, tienen más y más horror á la fé. No he leído sin emoción en la última obra del Dr. Luis Buchner, *El hombre sin la ciencia, su pasado, su presente, su porvenir*, esta increí-

ble declaración del Dr. Pagé: «Todo el que admite fórmulas ó artículos de fé, sea en filosofía, sea en teología, no puede ser *amigo de la verdad*, ni siquiera juez imparcial de las opiniones de otro, porque su preocupacion le hace intolerante para con las convicciones más respetables. Se pueden tener convicciones, se deben tener, pero tales, que puedan cambiar segun el progreso de la ciencia. Semejantes convicciones no detienen el progreso mientras que una opinion considerada como una *verdad definitiva, una creencia sostenida con violencia, no solamente corta toda ulterior investigacion, si que tambien inspira odio contra todo contradictor*. Este odio, aun admitiendo que no sea temible, con todo hierre y exaspera; de ahí viene la repugnancia de tantos sabios para proclamar abiertamente sus opiniones. Tiempo es de *acabar con estos amaños*, tiempo es de decir á esos *hombres de fé que el escepticismo y la infamia*, si los hay, están completamente de su parte. Ningun escepticismo es más odioso que el que pone en duda los datos más respetables de la observacion más concienzuda; ninguna infamia es más grosera que la que pone en desconfianza las conclusiones de una demostracion bien fundada é imparcial (1).»

Y. M. Buchner, la gran trompeta de la ciencia universal, declara solemnemente que *estas palabras de oro merecerian grabarse en bronce y clavarse en la entrada de todas las iglesias, de todas las escuelas, de todos los gabinetes de redaccion*.

Mucho tiempo hace que sabia que este era en el fondo el sentimiento de los sabios que no son cristianos, pero no lo habia visto jamás expresado más brutalmente. *No se es amigo de la verdad, se es esceptico con el escepticismo*

(1) ¡Cuánta exageracion, cuánta hipocresia! Convento en que muy poco amarian la ciencia los sabios que dejaran sus investigaciones ó callaran los resultados por temor al tan inofensivo menta que la fé puede darles hoy día. Además, la ciencia es más bien combatida por sí misma que por la fé; ¡no está continuamente en oposicion consigo misma y sobre puntos fundamentales!

más odioso, se es infame con la infamia más grosera, si se cree firme é irrevocablemente en Dios criador y soberano Señor del universo, en una revelación hecha por Dios á sus criaturas inteligentes, en la espiritualidad é inmortalidad del alma. La primera é esencial condicion que tiene que cumplir el que aspira á la ciencia, es hacerse *libre-pensador, ateo y materialista*. Ved qué espantable barrera levantan esos insensatos entre la razon y la fé, y el trabajo que se dan para hacer caer su ciencia en disgusto, no solamente entre las almas cristianas, si que tambien entre las almas honestas. Horror da pensarlo y decirlo; felizmente todo el mundo convendrá en que esto es ridiculo hasta la locura.

Para probar que tal es actualmente la disposicion fatal de gran número de ingenios, séame permitido citar aquí un pasaje de Renan, que no ha fijado bastante la atencion de aquellos que se han tomado el inútil y peligroso trabajo de combatirle.

«Si el milagro tiene alguna realidad, mi libro nó es más que un tejido de errores... Si el milagro es una cosa inadmisibile, he tenido razon de considerar los libros que contienen relatos milagrosos como historias plagadas de ficciones, como leyendas cargadas de inexactitudes, de errores y preocupaciones sistemáticas. Si los Evangelios son libros como los otros, he tenido razon de tratarlos del mismo modo que el helenista, el hebraizante, el indiano tratan los documentos legendarios que estudian. LA CRÍTICA NO CONOCE TEXTOS INFALIBLES. Los milagros son cosas que no suceden jamás... Solo las gentes crédulas creen ver... Ninguna intervencion particular de la divinidad, ni en la confeccion de un libro, ni en un suceso, cualquier que sea, ha sido probada jamás. POR EL SOLO HECHO DE ADMITIR LO SOBRENATURAL SE ESTÁ FUERA DE LA CIENCIA. Rechazamos lo sobrenatural por la misma razon que rechazamos los centauros y los hipogrifos; esta razon es que no se les ha visto jamás. No porque se me ha demostrado de antemano que los evangelistas no mere-

cen crédito alguno, rechazo yo los milagros que cuentan, sino porque cuentan milagros, digo que los evangelios son leyendas. Pueden contener algo de historia, pero no todo es histórico... Por lo tanto no desterramos el milagro de la historia en nombre de tal ó cual filosofia; tampoco decimos que el milagro es imposible, sino que no ha habido ningun milagro demostrado (1).» (*Vida de Jesucristo*, 13 edicion, Prefacio.)

Lo habeis oído: POR EL SOLO HECHO DE ADMITIR LO SOBRENATURAL SE ESTÁ FUERA DE LA CIENCIA. Dios, ó á la menos Dios hablando y manifestando su voluntad á sus criaturas es un milagro, es sobrenatural, es una quimera; contra Él invocabamos la cuestion previa. Si existe un Dios, ha de ser el ídolo de madera, de piedra ó de metal de los gentiles, ó la naturaleza abstracta del panteista, que tiene ojos y no vé, orejas y no oye, lengua y labios y no habla.

Buchner y Renan se han colocado en un terreno inaccesible, no aceptan ni siquiera lo inapeable de la escuela positivista; felizmente este terreno no es otro que el de la sinrazon y del odio. No hay para qué refutarles; seria absurdo defender la fé contra la ciencia tal cual ellos la comprenden. ¿Cómo discutir con quien no admite otras convicciones que las que se pueden cambiar como los vestidos? ¿Cómo pleitear la causa de Jesucristo y del

1) Lo sobrenatural, el milagro, el Evangelio asimilados á los centauros é hipogrifos. A ciertos monstruos solo la fabulales atribuye existencia, y apenas se trata de ellos en uno ó dos relatos de visionarios. Mas la revelacion, los milagros de Jesucristo son atestigüados por testigos oculares, cuyo nombre y vida conocemos, y por una tradicion no interrumpida jamás; han sido admitidos por una gran muchedumbre de hombres esclarecidos; han sido confirmados por la sangre de millones de mártires, por las heroicas virtudes de infinitos santos, por la profunda ciencia de muchísimos doctores, por el hecho, mas grandioso que el mundo mismo, de su conquista por el cristianismo y de su sumision durante diez y ocho siglos. ¿Vosotros osaréis comparar todo esto á las apariciones imaginarias de los centauros é hipogrifos? Lo repito; los que han tomado por lo serio vuestros excesos de audacia y de locura han cometido una gran falta.

Evangelio contra un espíritu prevenido para quien lo sobrenatural, Dios, el cielo, la vida eterna, etc., son quimeras, centauros ó hipogrifos? Desde luego perteneciendo á la categoría de los idealistas, se les puede repetir lo que decía el grande Eulero, tan sabio y cristiano, á los filósofos implacables que negaban la realidad de los cuerpos: «Cuando mi cerebro excita en mi alma la sensación de un árbol ó de una casa, francamente digo que existe en realidad fuera de mí un árbol ó una casa, cuyo lugar, dimensiones y otras propiedades yo mismo conozco, de modo que no se encontrara hombre ni bestia que dude de esta verdad. Si un aldeano quisiera dudar de ello, si dijere por ejemplo que no cree que su baile existe, aunque estuviere delante de él, se le tomaria por loco, y con razon. Pero cuando un filósofo profiere tales sentimientos, quiere que se admire su ingenio ó ideas como superiores infinitamente á las del vulgo. Así es que me parece muy cierto que jamás se han sostenido proposiciones tan extrañas sino por orgullo, ó por distinguirse de los demás; y V. A. convendrá fácilmente en que un aldeano tiene bajo este punto de vista más buen sentido que esos sabios que no sacan otro fruto de sus estudios que extraviar su espíritu.» (*Carta á una princesa de Alemania*, tomo I, carta 97.)

Yo me encuentro respecto de MM. Buchner y Renan en la misma situacion en que me puso hace años un filósofo en zuecos. Este habitaba en un pueblecito de Picardía y sufría cruelmente desde mucho tiempo. La ausencia de todo consuelo religioso aumentaba sus dolores, y yo le excitaba á que se dirigiese á Dios. Pero su cabeza estaba toda rellena de preocupaciones que la oposicion religiosa de 1829-30 habian multiplicado hasta el infinito. Le invité á que me propusiera sus dudas, haciéndole esperar que quizá llegaría á resolverlas. Mas él tenia tambien sus motivos para no hacerlo, y así me salió de pronto con esta extraña declaracion: «Vos sois sabio, señor abate, pero á no ser que seais orgulloso por demás, con-

vendreis desde luego que existe en el mundo un hombre mas sabio que vos, quien impugnará por consiguiente vuestros argumentos, en apariencia los más concluyentes, tan victoriosamente como vos hariais con los míos. ¿En dónde reside este hombre más sabio que vos? Yo no lo sé; pero basta que exista, y que conveugais conmigo en su existencia. Buena cuenta os daría él de vuestras respuestas á mis objeciones, lo cual es suficiente para el caso; yo, pues, puedo dispensarme de formularlas y rogaros que me abandonéis á mi incredulidad, como á mis dolores; vos nada podeis ni contra una ni contra otros.» Era realmente un sordo voluntario como Buchner, á quien la palabra sola de fé exaspera, como Renan, á quien la sola sombra de lo sobrenatural inspira una repugnancia invencible.

Dispénsese me hacer constar á lo menos que nosotros los católicos tratamos la ciencia con todas las atenciones imaginables, con todo el respeto que le es debido, mientras Buchner y Renan no oponen á nuestra fé más que un cruel desden. Nosotros amamos, honramos la ciencia; ellos odian ó desprecian nuestra fé. Decimos nosotros que la ciencia es hermana de nuestra fé, y la invitamos á ir en auge más y más cada dia; ellos en cambio dicen á nuestra fé: No hay espacio para tí en el hogar de la ciencias. Entonces mismo, cuando no quieren escucharnos, les gritamos con Agustin Cauchy, uno de los sabios más ilustres: «Cultivad con ardor las ciencias abstractas y las naturales, descomponed la materia, desplegad ante nuestros ojos sorprendidos las maravillas de la naturaleza; explorad, si es posible, todas las partes de este universo; hojead despues los anales de las naciones, las historias de los pueblos antiguos, consultad sobre toda la superficie del globo los viejos monumentos de los siglos pasados. Lejós de alarmarme por estas investigaciones, yo las provocaré sin cesar, las alentaré con todas mis fuerzas, con todos mis votos; no temeré que la verdad se halle en contradiccion consigo misma, ó que

los hechos y documentos recogidos por vosotros pueden jamás estar en desacuerdo con nuestros libros santos. Solamente os pido que lleveis en la investigación de la verdad este candor, esta buena fé que allanan los caminos para llegar á la misma... Estamos en una época extraordinaria, en que una actividad sin cesar renaciente devora todos los espíritus. El hombre ha medido los cielos y sondeado las profundidades del abismo; ha consultado las ruinas de los viejos monumentos y les ha pedido que le contasen la historia de las generaciones que duermen enterradas en el polvo de su sepulcro, ha visitado las cimas de los montes más inaccesibles, las regiones más apartadas, los desiertos más ardorosos en que reinan los fuegos del trópico y las áridas rocas que rodean los hielos de los polos; se ha remontado á las regiones de las tempestades y descendido hasta las entrañas de la tierra, á fin de asistir, si era dado, á las creaciones mismas de nuestro planeta; ha descompuesto los elementos y los ha hecho servir á sus necesidades ó caprichos; ha obligado al vapor y al gas á que condujeran sus buques sobre las llanuras del océano, ó á que transportaran sus globos por los aires. En fin, despues de haber escudriñado la naturaleza, ha dirigido su ojo investigador á las bases mismas del orden moral y de la sociedad, y ha citado al tribunal de la razon al Dios que le ha dado el sér... Ha interrogado el álgebra, agotado todos los recursos del análisis y pedido á una fórmula que le enseñase las leyes que rigen el curso de los astros, ó la propagacion de las vibraciones insensibles de las últimas partículas de la materia.» (*La vida y los trabajos del baron Cauchy*, por C. A. Vallon, tomo 1.º, págs. 77 y sigs.)

De tanto correr, de tanto fatigarse, de tanto trabajar, de tanto investigar, ¿ha resultado una objecion seria contra la fé, una verdad contradictoria ó contraria á la revelacion, la demostracion de un error evidente, ó algun pequeño cargo para los libros santos? Cauchy, mi maestro, afirmaba que no; y yo lo afirmo con él, y más que él, con

pleno conocimiento de causa, porque leo desde cuarenta años hace, por vocacion ó por deber, todo lo que atañe de cerca ó de lejos á la gran cuestion del acuerdo de la ciencia con la Revelacion. Como Cauchy, tampoco temo yo nada por la fé que esté jamás en oposicion con la ciencia, pero tiemblo por los sabios, cuando los veo en sus conclusiones en desacuerdo con la fé. «El espíritu del hombre, decia en otro tiempo el gran matemático, está sujeto al error. ¡Cuántas veces ha sucedido que han sido mal observados los hechos, y que de raciocinios inexactos se han sacado falsas consecuencias! Aun en las ciencias puramente matemáticas, ¿no se han visto teorías, primero admitidas sobre la fé de los más hábiles géometras, despues rechazadas como incompletas y aun falsas? Un sabio podrá muy bien temer engañarse, aun al establecer las teorías que le parecen más incontestables, y, si es racional, tomará las necesarias precauciones para asegurarse en ello. Primeramente someterá los frutos de sus vigiliias al exámen y autoridad de otros sabios; cuando vea sus experimentos repetidos con éxito, sus teorías generalmente admitidas por los que cultivan las mismas ciencias, podrá confiarse buenamente á sus propias luces y lisonjarse de haber llegado á la verdad. No es esto bastante, si busca de buena fé la verdad; que rechace sin vacilacion toda hipótesis que esté en contradiccion con las verdades reveladas. Este punto es capital, no digo en interés de la religion, sino en interés de las ciencias, puesto que jamás la verdad podrá contradecirse á sí misma. Por no haber hecho caso de esta regla, algunos sabios han tenido la desgracia de consumir en vanos esfuerzos un tiempo precioso que habria podido ser ventajosamente empleado en hacer útiles descubrimientos... Si, hay que reconocerlo; del mismo modo que dirigiendo el corazon y no permitiéndole falsos placeres, la religion no hace más que abrirle un nuevo manantial de inefables goces; así tambien imponiendo al talento del sabio ciertas condiciones, no hace más que contener su

imaginación en los justos límites y ahorrarle el disgusto de dejarse arrastrar por falsos sistemas y fustas ilusiones... Estemos, pues, ciertos de que no habremos retrocedido en el camino de la ciencia por habernos fiado de la palabra de Aquel que todo lo vé y conoce el universo; y en el estudio de la naturaleza recordemos lo que dice Bacon: Poca filosofía puede hacernos incrédulos, mucha filosofía nos llevará necesariamente á ser cristianos.» (*Siete lecciones de física general* por A. Cauchy, págs. 16 y siguientes).

Pregunto ahora á todo hombre honrado: ¿De qué parte están el buen sentido y el derecho? ¿de parte de Buchner ó de parte de Cauchy?

Yo voy más lejos todavía, y no temo afirmar que, si sobre ciertos puntos la revelación y la ciencia están en desacuerdo, es frecuentemente y sobre todo porque la ciencia no está formada aún, ó porque no ha adelantado bastante. Citemos algunos ejemplos.

1.º Deuteronomio, c. XII, v. 23: «*Guardate de comer la sangre de los animales, porque la sangre en ellos hace las veces de alma.*» Levítico, XVII, 14: «*Porque la vida de todo animal está en la sangre... no comereis la sangre de ningún animal.*» Evidentemente estos textos encierran un misterio que no ha sido plenamente descubierto sino por las célebres experiencias de M. Brown-Séquard. El eminente fisiologista ha sido el primero que ha visto que la sangre inyectada artificialmente en las venas devolvía la vida á tejidos que parecían haberla perdido ó que sin ella la hubieran perdido. El ha devuelto, el primero, la contractibilidad á músculos heridos ya de rigidez cadavérica, y entretenido la irritabilidad muscular y nerviosa, durante muchas horas, en un miembro de un cuerpo que estaba ya en putrefacción. La sangre es, pues, verdaderamente la vida animal.

2.º EL ECLESIASTÉS, c. I, v. 5, 6 y 7; le citaré en latín para que mejor se vea la diferencia: *Oritur sol, et occidit, et ad locum suum revertitur; ibique renascens, gyrat per me-*

ridiem, et flectitur ad aquilonem; Iustrans universa in circuitu pergit spiritus, et in círculos suos revertitur. Omnia flumina intrant in mare, et mare non reductat; ad locum, unde exierunt flumina, revertuntur, ut iterum fluant. Creo poder afirmar que este pasaje no ha sido comprendido, ni aun puntuado correctamente, hasta que se ha conocido la teoría de los vientos alisios, y que por lo tanto se le puede traducir del modo siguiente: *El sol se levanta y se pone, vuelve luego al lugar de que ha salido y de donde renace. El viento se levanta en torbellinos, cuando el sol se pasa por el mediodía y dobla hacia el septentrion, recorriendo todos los lugares y revolviéndose por una circulación continua. Todos los rios entran en la mar, y la mar no rebosa; vuelven al lugar de donde han salido para correr de nuevo.* Así interpretados estos tres versículos, expresan con una claridad verdaderamente extraordinaria el gran fenómeno de la circulación aéreo-telúrica de las aguas. Salidas de la mar, las aguas se elevan en forma de vapor por los aires, se resuelven en lluvia, forman las corrientes y los rios, y vuelven á la mar para evaporarse de nuevo; y como para iluminar con mayor luz este difícil problema, cuyo secreto sólo ha conocido la ciencia moderna, la Biblia añade en otra parte: *Si se retrasasen las aguas del mar los rios quedarían en seco*, Job, XIV, 11. *Quien llama hacia lo alto las aguas del mar y las derrama sobre la faz de la tierra*, Amós, V, 8, quitando así todo pretexto á los que quisieran imponer á los libros santos la falsa hipótesis del origen subterráneo de los rios. Al contrario, ellos hablan por todas partes del agua evaporada en la atmósfera, del origen marino de los rios, de la precipitación de la lluvia sobre las montañas, de las corrientes que bajan de ellas y vuelven á la mar.

3.º SALMO CXXXIV, v. 7: *El hace venir las nubes de la extremidad de la tierra, transforma en lluvia los relámpagos.* ¿Qué pueden significar estas misteriosas palabras? Quizá este hecho de observación tan real, aunque apenas lo insinúan nuestros tratados de meteorología; este re-

lámpago, este estampido del trueno, es frecuentemente seguido de un arreciamiento de lluvia. Mas cuando un experimento de física aun muy poco conocido vino á demostrar que la descarga eléctrica, cayendo en medio del vapor ó de una nube, determina un enfriamiento junto con el tránsito del vapor del estado visible al invisible, la transformación del relámpago en agua, la producción de la lluvia por el rayo, afirmada por el profeta, se pone de manifiesto en toda su verdad.

4.º El más misterioso é ininteligible de todos los textos de la Sagrada Escritura, es sin duda el que hace aparecer el sol, la luna y las estrellas, solamente en el cuarto día de la cosmogonía mosaica. Génesis, I, 16: *Hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese al día, y la lumbrera menor, para que presidiese á la noche; y las estrellas.* ¿Cómo explicar este trastorno singular de las cosas? Si la hipótesis cosmogónica de Laplace, que se la ha considerado como una brillante conquista de la ciencia, es verdadera, nada es más fácil, sobre todo cuando Moisés no dice, Dios creó entonces el sol, la luna y las estrellas, sino *Dios hizo, esto es, Dios mandó que apareciesen dos grandes luminares y las estrellas.* En efecto, en la hipótesis de Laplace, el sol era primitivamente una inmensa nebulosa, que se ha condensado poco á poco, produciendo por esta misma condensación el calor y la luz solar, al mismo tiempo que las zonas ó fajas anulares escapándose de ella sucesivamente, iban dando nacimiento á los planetas, Neptuno, Saturno y Júpiter con sus satélites, los asteroides, Marte, la tierra y la luna, Vénus, Mercurio, la materia cósmica. El sol y la luna, pues, no se encontraron siempre constituidos en estado de luminares, tales como los vemos hoy día, con un diámetro de 30 á 32 minutos. Al contrario, la existencia, muy recientemente averiguada en las regiones polares, á 75º de latitud norte, de una fauna y flora tropicales, ha hecho conjeturar que, en la época en que vivían estas plantas y animales, el diámetro del sol podía alcan-

zar la enorme cifra de 45º. Además, para que la luz del sol, de la luna y de las estrellas pudiese llegar hasta la tierra, que no era primitivamente más que un cúmulo de vapores ó de elementos disgregados, fué menester que ella se condensara á su vez, mientras que del sol se escapaban las fajas anulares, que han dado origen á Vénus, Mercurio y la materia cósmica. Luego en esta teoría, sobre la cual nosotros no juzgamos, que ha sido considerada como el más sublime esfuerzo del génio del hombre, fué necesario un tiempo larguísimo, antes que el sol y la luna llegasen á ser los luminares de la tierra, y que la luz de las estrellas brillase como en nuestros días. Entonces todo se explica con admirable facilidad; y lo imposible, lo incomprensible sería que la tierra hubiese sido creada antes ó á la vez que el sol, del cual ha salido, ó que el sol y la luna hubiesen sido los luminares de la tierra antes de estar condensados, antes que la tierra á su vez se hubiese despojado de los velos que habrían impedido los rayos de aquellos.

5.º La semi-ciencia se maravilla de que el Génesis hace aparecer el arco iris después del diluvio, como un fenómeno nuevo. La verdadera ciencia desvanece hasta la sombra de esta temeraria objeción. En efecto nos enseña que el arco iris nace de las gotas de agua de la lluvia. Pues bien, Moisés declara formalmente que, en la época misma en que la vegetación era muy abundante, no había llovido aun sobre la tierra, sino que ésta era humedecida por los vapores que se elevaban del suelo, todavía caliente, se condensaban en el aire y caían bajo la forma de abundante rocío. Puede admitirse además que esta ausencia de lluvia se haya continuado hasta el diluvio, y que esta misma atmósfera caldeada, y harto cargada de ácido carbónico para dar origen á los terrenos hulleros, abandonando la inmensa cantidad de vapor acuoso que contenía, haya ocasionado la grande inundación del diluvio de Noé. En estas condiciones tan sencillas y naturales, el arco iris era realmente para Noé un fenómeno nuevo.

6.º Finalmente, en las Sagradas Escrituras se hace muchas veces alusion á un fuego acompañado de tinieblas y que arde sin alimento material. Tambien era esta una de las simplicidades ó imposibles que la semi-ciencia nos echaba en cara. Ha venido la verdadera ciencia y el arma imprudente ha quedado rota entre sus manos. Hemos visto al más célebre de los físicos ingleses hacer brotar del simple movimiento vibratorio del éter un rayo de calor tan ardiente, que fundió el platino, lo lanzó por el espacio vacío, le hizo caer sobre la retina de su ojo, con la particularidad de que atravesó el centro mismo de la pupila sin tocar las membranas circunstantes, y le cercioró con gran sorpresa suya de que no producía ninguna sensación de luz. Más recientemente, el mismo físico, M. Tyndall, ha demostrado que nada hay más invisible que la luz en sí misma, que su invisibilidad no cesa, sino cuando encuentra por el camino partículas materiales, y que por consiguiente Moisés estuvo inspirado cuando dejó subsistir las tinieblas despues de la creación de la luz ó del flúido luminoso.

Podria multiplicar los ejemplos hasta lo infinito, mas lo que acabo de decir basta superabundantemente para probar á la semi-ciencia que debe muy bien guardarse de ponerse en oposicion con los libros santos, que sobre todo debe desconfiar de sí misma más que de nadie, y que sus audacias serán tarde ó temprano severamente castigadas. El desacuerdo entre la ciencia y la revelacion no puede ser más que aparente y pasajero; si existe, es porque la ciencia aun no ha dicho su última palabra. Cuando la luz se haga para ella, se hará igualmente para la revelacion.

Hay otra ciencia tambien, y es la filología. Sus imperfecciones, ó si se quiere, su impotencia para darnos la verdadera significacion de las palabras del texto hebreo, suscita dificultades algunas veces insuperables, pero

sólo en la apariencia; hacen creer en errores cometidos por los escritores sagrados, cuando no existen en realidad.

Así la palabra hebrea, que la Vulgata ha traducido por la latina *A byssus*, no tenia por cierto la significacion que nosotros damos á la palabra *abismo*, y podia muy bien significar un cúmulo de vapores ó de elementos disgregados. *Las fuentes del abismo* no indican necesariamente depósitos de agua subterránea, sino más bien masas de vapores cálidos y húmedos, precipitables en agua. En efecto, en el relato del diluvio, cuando se abrieron las fuentes del abismo, empieza á caer la lluvia; cuando se cierran aquellas, cesa esta de caer. Las fuentes del abismo, pues, han podido ser los vapores atmosféricos que encubrian los efluvios de la atmósfera primitiva, ó arrojados por los volcanes.

Del mismo modo, en el pensamiento de Moisés, en la palabra *Rouah* podia insinuarse, no el viento, sino el juego de las fuerzas moleculares, que se puede muy bien llamar el soplo de Dios.

Sin razon se ha querido ver en la palabra *Raquiab*, *firmamentum*, un firmamento ó bóveda sólida de cristal ó de hielo, que no se encuentra en ninguna parte de los libros santos, aunque todavia se la encontraba, trescientos años hace, en los libros de los astrónomos. Se trata sencillamente de la atmósfera aérea con sus límites misteriosos, pero reales, muy bien formulados por estas sorprendentes palabras que el libro de los Proverbios pone en boca de la Sabiduria, VIII, 28: *Cuando establecia (Dios) allá en lo alto las regiones etéreas*, cuando daba solidez, estabilidad á la atmósfera, *y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas... cuando asentaba los fundamentos de la tierra... con él estaba yo disponiendo todas las cosas*.

Se hacia completamente inintelligible este texto del Génesis, I, 7; *Dios separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima del firmamento*, cuando se daba á la palabra *aguas* la significacion de dos grandes masas de agua líquida ó sólida separadas por el firma-

mento y que en parte gravitarían sobre él. Para Moisés estas dos especies de aguas podían ser dos masas de sustancias gaseosas: las unas, los vapores de agua contenidos en el aire debajo de los límites de la atmósfera; las otras, vapores más ligeros, una atmósfera de hidrógeno convertible en agua por su combinación con el oxígeno, situada más allá de los límites de la atmósfera aérea, y cuya existencia entreveía ya la ciencia moderna, como lo afirman los ilustres sabios John Herschel y M. Guételet.

Igualmente para nadie es dudoso que la fuente, *fons*, que se elevaba de la tierra para regarla antes que lloviese, se explica por los vapores acuosos que se condensaban en rocío.

La palabra hebrea *Yom* del primer capítulo del Génesis, traducida por *día* formado de la mañana y tarde, envuelta de una espesa nube la cosmogonía de Moisés, tanto tiempo como se ha querido ver en ella un día ordinario; mas hoy día está casi universalmente admitido que puede significar un periodo de tiempo más ó menos largo, quizá de muchos miles ó millones de años, pero necesariamente limitado, habiendo tenido su principio y fin. Desde entonces, como lo probáremos hasta la evidencia, la cosmogonía de Moisés no puede ser combatida en nada por la geología.

En fin, ¡cuántas dificultades, cuántas objeciones, cuántos reproches de ignorancia ó de error dirigidos á los escritores sagrados, no han tenido otro origen que la casi imposibilidad en que nos hallamos de discernir á qué animales de la creación se aplican los nombres que les da el sagrado texto! ¿Qué eran en realidad el dragón, el basilisco, el unicornio, el leviatán, el onagro, etcétera, etc.? No lo sabemos y quizá no lo sabremos jamás, porque es muy posible que algunos de estos misteriosos seres hayan pertenecido á razas hoy día extinguidas. Con todo cada día una ciencia más atenta ó más adelantada hace justicia á las pretensiones de la semi-ciencia. El

decano de los naturalistas, Milne Edwards, hacía notar, algunos meses hace, á la Academia de ciencias que hay que ir con muchísima reserva en sacar conclusiones de los nombres empleados no solamente por los traductores de la Biblia, si que también por todos los naturalistas antiguos, cuando hablan de animales que no conocemos sino imperfectamente. «Existe entre los semi-sabios, decía, una fatal tendencia á aplicar á las especies nuevas para ellos nombres que pertenecen á especies ya conocidas.» Y añadía: «Para poder acusar á Moisés de haber hecho del conejo ó de la liebre un animal ruminante, ha sido necesario que se tradujera falsamente por *conejo ó liebre* la palabra hebrea que designaba el *Daman* ó el *Hyraz*, pequeño animal de un orden completamente distinto del de los roedores.»

Lo repito otra vez: que las ciencias hagan progresos incensantes, que para ellas se haga la luz cada día más y más, que también se hará para los libros santos, y las tinieblas que inquietan aun á algunos espíritus, se harán menos espesas.

He leído durante cuarenta años todo lo que se ha escrito sobre las relaciones de la ciencia con la revelación; mas he querido, antes de dar la última mano á mi obra, consagrar largos días á la lectura de la Biblia entera, del Antiguo y Nuevo Testamento, con la voluntad resuelta de darme cuenta, en cuanto es posible, del sentido verdadero de todas sus frases y palabras. He concluido este formidable trabajo, y me creo autorizado para declarar solemnemente que, si muchos pasajes han quedado todavía oscuros, yo no he averiguado en ninguna parte error ó contradicción cierta con los hechos y las teorías de la ciencia moderna. Así es que estoy en gran manera tentado de indignarme, ó á lo menos de sonreirme, cuando oigo á escritores, á periodistas, á médicos sin ciencia positiva, que no han leído más que algunas páginas poéticas de nuestros libros santos, exclamar con Sainte-Beuve, en tono altivo y resuelto: «No hay para los espíritus rigo-

rosos y sensatos (leed débiles y pretenidos), nutridos de historia, armados de crítica, apasionados de las ciencias naturales, ya no hay medio de creer en las viejas historias y en las antiguas Biblias. (Carta á un joven católico.)

Al contrario, me admira, y me admira profundamente, el tesoro inmenso de ciencia encerrado en la Biblia. Es un enigma para mí. Estoy por creer en una inspiración directa é inmediata, ó por preguntar si la ciencia moderna existía ya en gran parte en la antigüedad, y si ella no ha sido más que descubierta en nuestros días. ¿Por qué no tomaremos al pié de la letra estas declaraciones tan formales del Sabio, Eclesiastés, I, 9 y sigs.? *Qué es lo que ha sido? lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? lo mismo que se ha de hacer. Nada es nuevo debajo del sol; ni puede nadie decir: he aquí una cosa nueva; porque ya existió en los siglos anteriores á nosotros. No queda memoria de las cosas pasadas, mas tampoco de las que están por venir habrá memoria entre aquellos que vendrán despues.*

Añadid á estas afirmaciones lo que se dice de Salomon, el autor del *Eclesiastés*, en el libro III de los Reyes, IV, 29 y sigs.: *Dios dió á Salomon una sabiduría y prudencia incomparable, y una magnanimidad inmensa como la arena que está en las playas del mar. Acentajaba su sabiduría á la de todos los orientales y egipcios; y era muy celebrado en todas las naciones circunvecinas. Pronunció tambien tres mil parábolas, y sus cánticos fueron mil y cinco. Y disertó de todas las plantas, desde el cedro que se cria en el Líbano hasta el hisopo que brota de las paredes; y discurreó acerca de los animales y de las aves, de los reptiles y de los peces. Por lo que venían de todos los pueblos á escuchar la sabiduría de Salomon. Y preguntad si este no es el secreto de la pasmosa ciencia de los libros sapienciales, y del mismo modo habrá que explicar la ciencia igualmente admirable de David y de los Salmos.*

Al concluir, permítaseme llamar aun la atención sobre los dos caracteres de verdad más relevantes é importantes de los hechos principales de la Biblia. El primero

es que tiene á su favor una tradición no interrumpida desde el Génesis hasta el Apocalipsis, de Moisés á Juan evangelista, aquella série muy estrechamente encaadenada de testigos elocuentes de la verdad, patriarcas, historiadores, legisladores, poetas, filósofos, profetas, apóstoles, etc., etc. Todos perfectamente de acuerdo, repitiendo todos con la misma fidelidad los grandes hechos de la tradición y de la historia: la creación, el diluvio, la maldición de Cam, la confusión de las lenguas, la salida de Egipto, la marcha y demora en el desierto, la division del mar Rojo, la entrada en la tierra de Canaan, etcétera, etc. Que se compare esta unanimidad tan perfecta con las fábulas, las exageraciones, los errores sin cuento, las contradicciones continuas de los historiadores de la Grecia, de los cuales el más antiguo, Herodoto, apenas se remonta á quinientos años antes de la era cristiana, y habrá que exclamar con el rey-profeta: *Tus testimonios se han hecho creíbles por demás.* Salmo XCII, 5.

El segundo carácter es más pasmoso aun. Tomad lo que hay de más extraordinario en la Biblia, lo que Sainte-Beuve llamaría sobre todo viejas historias, la creación, el descanso, la semana, el primer hombre, la madre de los vivientes, la edad de oro, el paraíso, el jardín, la caída, la manzana, la serpiente, la maldición, la expulsión, los querubines, la tierra estéril, los gigantes ó titanes, los malvados, el diluvio, el arca, el hombre del arca, el cuervo, la paloma, el descenso de las aguas, el ramo de olivo, el arco iris, el sacrificio, la viña, la torre, la confusión de las lenguas, la separación, los patriarcas, el acortamiento de la vida, los videntes ó profetas, el culto, el canto, la oración, los sacrificios, el pan y el vino, la purificación, las abluciones santas ó los bautismos, la comunión, etc., etc. Consultad luego los anales de todos los pueblos, por más lejos que puedan remontarse, y encontrareis esparcidos, claramente indicados, aunque más ó menos desfigurados, los relatos que habeis encontrado formando en la sagrada Biblia un encaadenamiento luminoso y con-

tínuo. Hé aquí como un escritor concienzudo é ilustrado, el abate Gaiet, ha podido reconstruir la historia del Antiguo y Nuevo Testamento por los solos testimonis profanos, rehacer LA BIBLIA SIN LA BIBLIA (1). Además se hace constar este hecho capital y verdaderamente divino, que cuanto más alto se sube en busca de los orígenes de las cosas, tanto más la verdad resulta ser una y sola, tanto más se acerca á la sencillez bíblica ó pariarcal, des- embarazándose de las fábulas; al contrario, cuanto más se aleja uno del diluvio, tanto más la capa de los errores y supersticiones se extiende y se condensa. Los ecos fieles de la creacion, de la edad de oro, de la caída y del diluvio, que constituyen el fondo de la historia del Génesis, se encuentran absolutamente en todas partes; los pueblos de la más alta antigüedad, como los pueblos salvajes aun, contemporáneos nuestros, han conservado la memoria más ó menos débil de estos pasmosos hechos. Nos compadecemos de todo aquel que no vea en el acuerdo de tantos testigos de todos los tiempos, de todas las lenguas, de todos los ángulos de la tierra, la demostracion más palpable y elocuente que se pueda imaginar de la verdad del fondo histórico de los libros santos, de nuestros dogmas fundamentales, la creacion, la antigüedad no atrasada del género humano, la unidad de raza ó de origen de todos los pueblos, etc., etc.

1. Obra que publicaremos, Dios mediante, concluida la presente.

CAPÍTULO SEGUNDO.

LA CIENCIA DE LA BIBLIA.

Creacion y cosmogonia.

Génesis, c. 1.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Mas la tierra era vaporosa é impalpable, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo (cúmulo confuso y profundo); y el espíritu de Dios (la fuerza de la constitucion de la materia) aleteaba sobre las aguas (elementos disgregados). Y Dios dijo: Que la luz sea hecha; y quedó hecha la luz. Y vió Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas, (sin duda porque la tierra comenzó entonces á moverse sobre sí misma). Y llamó dia á la luz y tinieblas á la noche; y así de la tarde *aquella* y de la mañana *siguiente* resultó el primer dia. Dios dijo tambien: Haya un firmamento (atmósfera aérea) en medio de las aguas (los flúidos gaseosos), que divida las aguas de las aguas (los flúidos gaseosos de los flúidos gaseosos). *Aethera firmabat sursum et librabat fontes aquarum.* Y Dios hizo el firmamento (atmósfera aérea de la tierra). Y quedó hecho así. Y Dios llamó al firmamento (á esta grande extension de la atmósfera) cielo; con lo que hubo *otra* tarde y *otra* mañana, que fueron el segundo dia. Dijo Dios de nuevo: Reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del firmamento, y que aparezca la parte sólida del globo. (La separacion de las aguas y de la tierra se verificó quiza por el levantamiento de las montañas. En efecto el Salmista dice: *Ascendunt montes et descendunt campi.*) Y Dios llamó á la porcion sólida *tierra*, y dió el nombre de *mares* á las aguas reunidas. Y vió Dios que lo hecho era bueno. Dijo asimismo: Que la tierra produzca yerba verde y que dé simiente y plantas fructíferas que den fruto según su especie, cada uno de los cuales contenga en sí mismo su